

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 37. 16 de Febrero de 1985.



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Baretti en Talavera

El escritor turinés Giuseppe Baretti fue célebre, más que por ninguna otra de sus obras, por haber escrito *La frusta letteraria*, es decir, *El zurriago literario*, que atribuyó a un antiguo soldado de setenta y cinco años llamado Aristarco Scannabúe o, en castellano, Aristarco Matabueyes. El nombre de este imaginario escritor es, al parecer, un homenaje a la memoria de Aristarco de Samotracia, discípulo de Aristóteles de Bizancio, que vivió durante los siglos II y I antes de Cristo y editó, tras someterlas a una severa crítica, las obras del inmortal Homero. El apellido parece indicar que Baretti pensaba de los malos escritores que eran unos cerdos de los que no había que tener piedad, pues de lo que se ocupa *El zurriago* es de flagelarlos por boca de su fingido veterano. El cual, además de una enorme y temible cultura, tenía una pata de palo y vivía en el campo rodeado de perros, gatos, pájaros y monos de distintas especies a los que ponía los nombres de los escritores que detestaba.

Aristarco era un tradicionalista y tenía una biblioteca de obras orientales y occidentales en la que abundan los manuscritos. Su amigo don Petronio Zamberluccho, que era el cura del lugar cercano a su casa, recibía con cierta regularidad las novedades bibliográficas y las discutía apasionadamente con él. Como no quiere las juzgaba de la misma manera, puesto que don Petronio solía defender a los autores modernos, el señor Scannabúe, queriendo librar a su amigo de aquellas malas influencias, y ya que no podía quemar los volúmenes como el cura y el barbero quemaron los de Don Quijote, se dedicó a escribir una serie de demoleadoras críticas que fue reuniendo en *El zurriago*.

Unos años antes de empezar a componer esta obra, es decir, en el verano de 1760, Baretti, que vivía en Londres desde hacía nueve años, se cansó de las brumas del Támesis y, acompañado por su joven amigo Edouard Southwell y por un criado, emprendió un viaje que le llevó a Italia, tras haber conocido Portugal y España, durante el cual escribió un montón de sabrosas letras a sus hermanos Filippo, Giovanni y Amedeo. En las que les dirigió desde Portugal fue muy injusto con este país que se resentía entonces del devastador terremoto de Lisboa. Es muy posible que Baretti, cuyas ideas políticas y religiosas eran tan conservadoras como las literarias, de su Aristarco, estuviese enfadado con los portugueses debido a la expulsión de los jesuitas de su reino y que,

en el fondo, tratase de vengarse de ellos haciendo gala de una falta de objetividad tanto más peligrosa cuanto más excelente escritor era este irritable turinés. (Esto de la falta de objetividad me recuerda que, a raíz del mencionado terremoto, los frailes se dedicaron a predicar por las calles de Lisboa, pues las iglesias yacían en ruinas, que aquella catástrofe había sido un castigo del cielo, irritado contra los pecados de los lisboetas, en vista de lo cual el marqués de Pombal les prohibió seguir predicando tras haber sido informado de que el barrio de la Alfama, en el que se encontraban los prostíbulos de la ciudad, había sido respetado por el tremor de la tierra).

A Baretti le pareció mal todo lo portugués: el paisaje, las gentes, sus costumbres, su agricultura y su ganadería, las posadas y la comida que se ofrecía en ellas... Un imposible, como dicen en mi pueblo. En cambio, encontrándose en Alves un par de días antes de entrar en España, vio bailar a dos españolas que habían ido a la feria de aquella ciudad y todas sus defensas —hechas de ingenio italiano y humor inglés— se derrumbaron como un castillo de arena. ¡Pobre Baretti! Aquellas chicas de Badajoz le conmovieron tanto que comparó a una de ellas con la Venus de Médicis —“si la Venus de Médicis fuese de carne y no de mármol—escríbe—, mientras se molestó de que los hubieses comparado —que eran sus bestias cornudas— hubieses comparado tantas veces a los ojos hermosos con las estrellas del cielo porque él no podía estrenar el símil con los de la otra muchacha, que los clavaba insistentemente en los suyos de cuarentón.

Buen augurio para España, éste de las impresionantes extremeñas. Y buen augurio que confirman las primeras impresiones de Baretti sobre nuestro país, del que todavía no habían sido expulsados los jesuitas. A don Giuseppe le encantaron los encinares de Extremadura y sus bellotas, que encontraba más sabrosas que las almendras piamontesas, le parecieron bien las posadas, pobres pero limpias, y hasta alabó los uniformes y las monturas de un destacamento de caballería que los viajeros encontraron en el camino y de octubre escribió a sus hermanos la Reina. El día 1 de octubre escribió a su hermano una carta en la que se lamentaba de no haber podido visitar Oropesa de la Mancha, que le parecía desde lejos bellísima, con su palacio y su convento, porque su amigo Edward tenía, al parecer, demasiada prisa de llegar a Madrid, y en la que cuenta cómo aquellos soldados, de los que se habla hecho amigos, robaron

devastación el viñedo de unos frailes que se negaron a darles del vino con que acababan de obsequiar a los sedientos turistas.

Pasemos por alto otros detalles de la interesante carta y veamos lo que dice la del 2 de octubre, escrita en Cebolla y no menos informativa que la anterior. Baretti se levantó muy temprano con intención de reanudar el viaje de madrugada pero se encontró con que su calesero portugués estaba en la cárcel por haber apuñalado a un español, por lo que el corregidor de Talavera había prohibido que las calesas salieran de la ciudad. Don Giuseppe se fue a ver al servidumbre de la casa le dijo que volviese a las 10 o las 11 de la mañana porque el magistrado solía levantarse a aquellas horas, en vista de lo cual nuestro viajero volvió a la posada, donde mantuvo una larga conversación con una señora suiza, mujer de un francés establecido en Talavera hacía diez años y empleado de las manufacturas de seda. La suiza le contó que el director de aquella industria, también francés, había sido llevado a Madrid cargado de cadenas por haberse apropiado indebidamente de unos cuantos millones de reales, los cuales se había gastado en mantener a unas actrices de teatro, barraganas suyas, “y en parecidas obras-pías”. ¿Quién sería aquel divertido y poco escrupuloso gabacho, que en gloria éste?

Por fin, don Giuseppe logró mantener una tensa entrevista con el corregidor —ofendido al parecer porque le llamaba de usted y no señoría—, consiguió de él permiso de partida y salió de Talavera, pasado el mediodía, camino de Toledo, motivo por el que tuvo que pernoctar en Cebolla. Traduzco a continuación unas líneas del final de la carta escrita en este pueblo que reflejan la frustración y las impresiones de Baretti: “...salimos de Talavera, de la que nada pude ver, porque toda aquella pejiquera me impidió echarle un vistazo de viajero diligente. Sé bien que desde aquel viñedo, asesinado por aquellos marranos de soldados, hasta las puertas de Talavera, el paisaje es uno de los más bellos paisajes de nuestro globo. No es posible describir la belleza y los que flanquea al camino, a un lado y otro, ni la espesura de olivos, naranjos y limoneros que lo forman”.

Animado por esta agradable impresión, Baretti se encaminó de buena gana a Toledo. Cuando encuentre las cartas que desde esta ciudad escribió, volveré sobre el accidentado viaje del sincero y conservador crítico turinés.

El nombre de Rafael Morales llama la atención por sí mismo. Recuerda miméticamente la imagen del "toro", un toro casi humano al que el poeta dedicó su primer libro; evoca sentimientos y un modo de hacer poesía en la inmediata posguerra, cuando los grandes monstruos del 27 habían muerto o estaban en el exilio. Joaquín Benito de Lucas vino después, es el fruto de los años del hambre y el racionamiento, que dejaron marcada la infancia y la poesía de este vate talaverano. Benito de

Lucas y Rafael Morales son, en Talavera, los dos santones de la poesía. Sin embargo las nuevas generaciones, cuyos representantes máximos podrían ser José María G. Gómez, Alfredo J. Ramos y Antonio del Camino, ni se inspiran en ellos ni siguen su senda poética.

Cada uno va por libre y echa raíces en el sustrato cultural que le es más propicio. Antonio del Camino, último Adonais, se ha formado por libre; no tiene dependencias ni escuelas.

Unicamente que ha tenido durante largos años los poemas de la generación del 27 por libro de cabecera.

Ahora bien, esta muestra del quehacer poético en Talavera no agota la poesía buena que en ella se hace. En esta ciudad comercial por esencia, en cada esquina hay un poeta en ciernes. No la vio así Baretti, un viajero italiano que pasó por aquí hacia 1760 y dejó un apunte breve sobre la ciudad, rescatado por Angel Crespo para La Mujer Barbuda.

Rafael Morales, por Joaquín Benito de Lucas

Rafael Morales ha vertido su discurso lírico en el cauce hondo y estrecho de siete libros de poemas. Para un poeta que ha dedicado a su obra cuarenta años de vida, siete libros de poemas, y no excesivamente extensos, no parece que sea una gran cosecha. Un libro cada seis años por término medio. Por fortuna, el valor de la poesía —y la literatura en general— no se mide por la cantidad, sino por la calidad. En este sentido, R. Morales ha desarrollado su labor lírica siguiendo el consejo de Goethe, consejo tan querido por J.R. Jiménez, con el que se indica el carácter permanente y al mismo tiempo, sereno, que debe poseer toda creación del espíritu: "Como el astro/ sin precipitación/ y sin descanso".

Bien es verdad que la poesía de R. Morales, creada en un periodo difícil de la vida española (1940-1981), ofrece en ocasiones, ciertos vaivenes, no de calidad, pero sí de preocupación temática. La naturaleza de la historia que se ofrece al poeta desde los primeros años de la posguerra hasta hoy es una naturaleza cambiante. El espíritu

del hombre no permanece impasible ante esa mutación. El poeta, que lo sabe, tantea en lo hondo de su conciencia la forma de llegar a ese "devenir" sin perder la esencia permanente que toda obra lírica debe poseer. Así, no debe extrañarnos que su obra, que se inicia con los "Poemas del toro", de tema realista y tratamiento clásico, continúe en ese sentido durante unos años más, hasta 1954, en que aparece "Canción sobre el asfalto", para orientarse a partir de esta última obra hacia una concepción del poema más integradora y una visión del libro de poemas más unitaria.

Rafael Morales, como otros poetas de su generación de postguerra, ha sufrido un cambio evolutivo en su aproximación al núcleo del poema. Desde el vitalismo de los "Poemas del toro" (1943) en los que no nos importa reconocer un cierto carácter épico que les atribuye Julio López en su obra "Poesía y realidad en Rafael Morales" (1979), pasando por la resonancia neorromántica de "El corazón y la tierra" (1946), el humanismo realista y cristiano de "Los des-

terrados" (1947) y "Canción sobre el asfalto", ha llegado a una ampliación de su visión poética. En todos estos libros el poeta contempla los seres que pueblan su mundo con la ternura con la que se contempla lo perecedero. Y es importante señalar que su mirada se vierte igualmente tierna cuando canta al toro —esos toros tan humanos, tan humanos, que parecen hombres con cuernos, según dijo Eugenio D'Ors— como cuando poetiza a los traperos o si hace incursiones en el amor como sucede en el soneto "Ocaso" de "El corazón y la tierra", en el que "todo era bello, venturoso, abierto.../ Y el aire ya tornóse casi humano". Ese tono humano será el que caracterice esta primera época de nuestro autor.

Decíamos que a partir de ahí su obra se enfrenta con una nueva concepción del poema. A ese periodo de tiempo (1958-1971), corresponden sus dos libros más ambiciosos, si por ambición poética entendemos el deseo de interpretar la realidad del hombre a través de unos principios morales que conlleven la superación de todo lo que envilece. Así, R. Morales, en estas dos obras suyas —"La máscara y los dientes" (1962) y "La rueda y el viento" (1971)— ha buscado la salvación del hombre

no a través de las cosas, sino fundamentalmente a través del hombre mismo. O dicho de otro modo, es el hombre la medida de la realidad en que vive y de él depende que esa realidad no resulte desmesuradamente inabarcable para sus débiles brazos por un exceso de incompreensión, de insolidaridad, de egoísmo. El hombre, pues, se puede convertir en un lobo para el hombre. Esta sospecha, muy de acuerdo con el pesimismo barroco —si bien se puede rastrear en casi todas las épocas de la literatura— es lo que hace reflexionar al poeta y variar el rumbo si no de sus preocupaciones, sí al menos de su atención.

Los seres que pueblan el mundo, bien sean animales como el toro en plena naturaleza, o los objetos que llenan nuestro entorno más triste, como el cubo de basura en la gran ciudad, están ahí para que por ellos lleguemos a la salvación de los demás. Pero, ¿y los hombres condenados de antemano al sufrimiento —los leprosos, los locos, los olvidados...— son un anticipo de nuestro propio destino? El poeta que ha tratado de objetivar la realidad para así comprenderla mejor, reconoce su fracaso cuando enfrenta al hombre con la muerte: "Y el hombre, llanto a llanto, hora tras hora/ en las

ruedas dentadas de la muerte/ todo su anhelo y su esperanza llora".

Desde otro punto de vista podemos afirmar, sin mucho riesgo de equivocarnos, que sus seis primeros libros son un intento de aproximación al "otro" que vive y muere fuera del poeta.

En su último libro "Prado de serpientes", R. Morales subjetiviza su poesía. La comprensión y la aceptación de la realidad no será a través del "tú", sino por medio del "yo". El poeta ha hecho un camino inverso al que se señala para la obra de A. Machado, quien viaja desde el "yo" subjetivo y modernista al "tú" esencial y comprometido. R. Morales, poeta de otro periodo histórico y con otras experiencias de hombre, viaja desde el "tú" solidario de los seres y las cosas que pueblan el mundo de sus seis primeros libros, al "yo" íntimo y confidencial de su último título. Y en ese nuevo tratamiento de su poesía, adquiere ésta, junto a los valores de gran belleza formal y riqueza expresiva de toda su obra, una hondura nueva, una emoción distinta, casi juvenil, que le pone en relación íntima con la poesía más actual. El que ha dicho, no obstante: "Yo edificué mi vida en el olvido".

COLECCION HISTORIA Y LITERATURA TOLEDANAS

1. GUIA DE TOLEDO. VII CENTENARIO CATEDRAL. Polo Benito. 198 ilustraciones. 302 páginas (1927) ...	2.500
2.3. HISTORIA DE TOLEDO, Tomos I, II, A. Martín Gamero. 6 reproducciones. 1.124 páginas (1879) ...	6.000
4. LA IGLESIA Y LA CASA EN TOLEDO. Guillermo Tellez. 48 grabados. 174 páginas (1972) ...	2.000
5. COMPENDIO DEL TOLEDO EN LA MANO. Sixto Ramón Parro. 12 ilustraciones. 214 páginas (1867) ...	2.500
6. TRADICIONES DE TOLEDO. J. Olavarrá. 12 ilustraciones. 308 páginas (1880) ...	2.500
7. HISTORIA DE LAS CALLES DE TOLEDO. Tomo I, Julio Porres. 203 grabados. 554 páginas ...	3.500
8. HISTORIA DE LAS CALLES DE TOLEDO. Tomo II, Julio Porres. 135 grabados. 487 páginas ...	3.500
9. HISTORIA DE LAS CALLES DE TOLEDO. Tomo III, Julio Porres. 221 grabados y plano. 734 páginas ...	4.000
10. CRISTIANOS NUEVOS Y MERCADERES DE TOLEDO. José Gómez-Menor Fuentes. 6 fotografías. 328 páginas (1970) ...	2.000
11. EL III CONCILIO DE TOLEDO. edición en latín, vascuence, árabe, castellano, catalán y gallego ...	2.000
12. EL GRECO EN TOLEDO. Francisco de Borja de San Román. 430 páginas (1910-1941) ...	2.500
13. OBRAS POETICAS. Gerardo Lobo (1724) ...	2.000
14. HISTORIA Y EVOLUCION DE LA PRENSA TOLEDANA. Isidro Sánchez Sánchez (1833-1939) ...	2.500
15. LA DIOCESIS DE TOLEDO DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, Leandro Higuera ...	2.000
16 y 17. GUIA ARTISTICA DEL VIZCONDE DE PALAZUELOS ...	8.500

LIBRERÍA

Gómez-Menor

EDITORIAL Zocodover TOLEDO

Calle Comercio, 43
Teléfonos 22 13 69 y 22 91 62
TOLEDO

Rafael Morales: poemas

A UN ESQUELETO DE MUCHACHA

En esta frente, Dios, en esta frente
hubo un clamor de sangre rumorosa,
y aquí, en esta oquedad, se abrió la rosa
de una feliz mejilla adolescente.

Aquí el pecho sutil dio su naciente
gracia de flor incierta y venturosa.
y aquí surgió la mano, deliciosa
primicia de este brazo inexistente.

Aquí el cuello de garza sostenía
la alada soledad de la cabeza,
y aquí el cabello undoso se vertía.

Y aquí en redonda y cálida perezza,
el cauce de la pierna se extendía
para hallar por el pie la ligereza.

GATO NEGRO EN EL PASEO DE LAS DELICIAS

Es hermoso este gato de color de paraguas
mojado por la lluvia.
Miro su desamparo en medio de la calle,
miro la indiferencia de la gente,
miro su isleta negra de terror y de asombro.

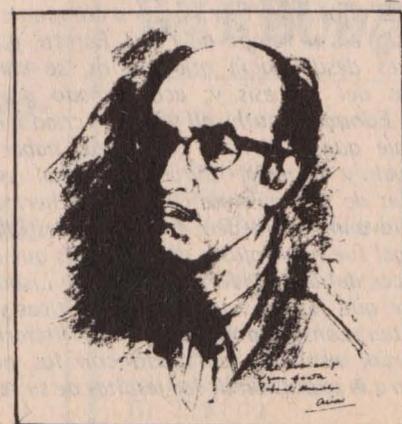
Podría tocar la noche y su silencio
si acercase mi mano a su congoja,
sentir entre mis dedos la esperanza de alguien
o quizás a Dios mismo
clamando en este gato,
en este miedo oscuro,
en este gran olvido de los hombres.

RECUERDO DE YAYA LA MODISTA

Hoy te recuerdo, mi lejana Yaya de enlutado silencio,
pequeña y tenaz noche de afligidas estrellas.
tierno recinto oscuro,
refugio diminuto de la desesperanza.

Recuerdo entre tus manos,
tristes como una aurora velada por la lluvia,
todo el color fluyente de la seda gozosa,
todo el claror hermoso de su abril fugitivo.

Y recuerdo el doliente cansancio de tu aguja
seguida por la estela perezosa del hilo,
lento cometa triste por tu cielo nocturno,
cruzando la espaciosa soledad de la tela.



Joaquín Benito de Lucas, por Rafael Morales

Siempre me han llamado la atención principalmente dos de tales aspectos o motivos de la obra lírica de Benito de Lucas. Me refiero a la evocación de su niñez y al recuerdo del río en cuya ribera transcurrió. Se trata de dos motivos que de una forma o de otra se repiten con evidéncia frecuencia, a veces fundiéndose en un todo inseparable, como inseparables fueron la infancia del poeta y el entorno ribereño de ella. En otras ocasiones, la niñez o el río se presentan por separado, ya en el campo estilístico, como sugestivos recursos de la expresión poética —imágenes, metáforas y símbolos—, si bien en este caso también son sospechables las vivencias de la infancia y su entorno.

Los que conocemos el paisaje en que transcurrió la infancia del poeta, sabemos muy bien que ésta se desarrolló en una casa adosada al puente romano sobre el Tajo —aunque de romano ya le quedan pocas piedras— que une las últimas casas de Talavera con la extensa y verde planicie hortelana de la otra orilla. Fue la poeta en ciernes; andar infatigablemente siempre hacia adelante. Quizá por eso, años más tarde, ya en su libro *Materia de olvido*, con el que Benito de Lucas obtuvo el premio "Adonais", podrá sentir el agua del río y su rumor interminable como una voz paterna. He aquí cómo lo dice en su poema "La casa testigo":

Tenía cinco años
y muy grandes los ojos
con los que yo miraba el río
y la casa, a unos pasos
de su corriente.

Nadie me había dicho que era
aquella
mi ciudad; sin embargo,
sentí el agua sonando por
mi pecho
como una voz de padre, como
suena
por el dolido pecho de la casa
todavía.

Otras veces, el río puede tener una ternura maternal, así en

el poema elegíaco titulado "En la rueda del viento", en que el poeta llora al ciclista talaverano Joaquín Polo, muerto muy tempranamente, durante la vuelta a Portugal de 1956. Es curioso que para este aspecto afectivo el poeta no piense para nada en el Tajo a su paso por tierras portuguesas, sino sólo a su paso por Talavera:

Si en aquellos momentos
te hubiera acompañado
el río que hoy te llora
desesperadamente,
su mano hubiera sido de madre
por tu frente

contra la sed y el fuego que te
quemaba el pecho.

Río-tiempo, río-muerte, sí, pero también río-vida, que hace sonar y madurar la voz del amigo a la par que fluye la corriente.

También en el aspecto que pudiéramos considerar negativo, el río puede simbolizar las pesadillas nocturnas en que el poeta revive sus malos momentos. Es quizá la sensación angustiosa de sufrir algo que transcorre y arrastra y no parece acabar, como el agua del río:

Caen sobre mí los sueños y me
arrastran
a otro mundo, frontera del es-
panto.

Por ellos voy igual que por un río
oscuro y hondo, cuesta abajo
de la miseria y el dolor...

También en uno de sus libros más recientes, *Antinomia*, vuelve el poeta a asociar el río a la desdicha que considera interminable:

Mi desgracia
es como un río largo y duradero
que no encuentra la mar.

Pero nada más. En casi todos los demás casos, el río simboliza la felicidad, y si el poeta, lleno de tristeza, mira al cielo, ve en él, como un alivio, "ríos de claridad".

En *Plancton*, en el poema "Tiempo para soñar", donde el poeta evoca los años lejanos, la noche amada en la que todo revive gracias a los sueños, es calificada metafóricamente de

"largo río". En otra ocasión, la metáfora será aplicada al sueño mismo: "Yo quisiera saber si por la noche/ cuando lleva el río del sueño", escribe Benito de Lucas en su poema "Sombras del pensamiento". También al mundo de los sueños y de las evocaciones va unido el río en el poema del mismo libro "Golondrinas del puente":

Igual que sueños al nacer el día
las golondrinas de la madrugada
van y vienen cruzando por los ojos
del puente y mi memoria. Como
clara
visión que surge del recuerdo o
como
una voz que de noche me llama-
ra
para evocar de mi niñez el paso
fugaz y sus figuras olvidadas
surgen las golondrinas sobre el río
tocando apenas con su pecho el
agua.

Hemos señalado anteriormente que a veces el río abstracto, el río como imagen, metáfora o símbolo, puede tener en la poesía de Joaquín Benito de Lucas algunas representaciones, pocas, sin duda, de carácter negativo, pero hemos observado a la vez que el río-muerte no se da nunca de forma absoluta. En realidad, más que un río-muerte, se trata de un río-tiempo, ya que la vida es tiempo fluyente, no como la muerte o la eternidad. Por eso, como en el canciller Ayala o como en Jorge Manrique, nuestra vida es el río, y lo que simboliza a la muerte o la meta es el mar. De ahí que el símbolo de la muerte no sea nunca para nuestro poeta lo que fluye, "porque morir no es irse como el agua del río/ sino quedarse como un árbol/ quieto".

En cuanto a los recuerdos o motivos de la infancia a que nos referíamos al comienzo de este comentario, ya los hemos ido viendo aparecer de cuando en cuando en referencia al río, pero hay muchos más. Así, en el poema "Primer recuerdo", ya

citado, el poeta evoca sus días felices de la infancia con estos versos:

Cuando aún eras un niño
y el corazón se iba
agrandando lo mismo
que en primavera un árbol
de ramas y de nidos.

Y en el mismo poema, precisa el poeta seguidamente cómo busca el calor de aquellos días lejanos:

Vas acariciando
minutos esparcidos
de tu vivir, buscando
como una oveja su rebaño el sitio
de tu niñez, el jardín de tu infancia.

Un momento de depresión hará el poeta ir

abriendo las ventanas
que daban a la calle
de su infancia perdida
para buscar al niño que una tarde
se escapó de sus ojos.

Todo lo que sea bello, alegre, ilusionado será frecuentemente, no siempre, vinculado a la infancia. Por eso, la claridad de la mañana merecerá ser calificada de "pureza infantil".

En *Plancton*, no faltan tampoco poemas con evocaciones de la infancia talaverana del poeta. En uno de ellos, "Tiempo para soñar", surge el recuerdo de los "amores de niñez", y en otro, "Golondrinas del puente", encontramos la rememoración de los días infantiles, como ya hemos visto en una cita anterior sobre la presencia del río en la poesía de este autor.

No abundan en *Memorial del viento* los recuerdos de la niñez ni símiles, metáforas y símbolos basados en ella, pero tampoco faltan, y la primavera puede ser "una niña de ojos zarcos", o su llegada a un país nórdico recordará al poeta otras primaveras vividas en su ciudad natal:

Y te sentí en la sangre junto al río
de mi ciudad y sus puentes,
golpeando
como un astro remoto

mi corazón y su destino hacia el gozo de la nieve desatada.

Antinomia es, como ya hemos dicho, un libro de poemas de amor, y, por tanto, no de tema propicio a las evocaciones de la infancia, pero, de todos modos, no falta un recuerdo, a través de Lope de Vega, en que la metáfora suscita el llanto infantil. Nos referimos a tener "los ojos niños", como dice el personaje lírico Calisto a la también lírica Melibea de la aquí reinventada historia amorosa de la genial obra de Rojas:

Si nuestra historia no es literatura,
espejo para amantes, libro escrito
con ojos niños y alma portuguesa,
¿qué podrá ser? Entre sus líneas
vive
todo el dolor de los enamorados.

Tampoco en *Campo de espuma* aparecen los recuerdos de la infancia, pero sí el poeta compara sus temores de enamorado con los que tiene un niño "abandonado/ en el oscuro mundo".

Nos hemos limitado en estas primeras líneas a señalar someramente algunos de los pasajes de la obra poética publicada de Benito de Lucas en que el río y la niñez adquieren evidente relevancia poética, tanto en el plano afectivo como en el de los recursos expresivos o retóricos. Mucho más se podría analizar y profundizar en este campo, como es posible que hagamos algún día, pero no es éste nuestro propósito por ahora. Creemos que basta este simple bosquejo analítico para llamar la atención sobre estos dos motivos líricos de la afectividad y del lenguaje de este excelente poeta talaverano, que tan sabiamente funde sentimiento y belleza expresiva.

NOTA.— Los siguientes párrafos forman parte del artículo titulado "Dos Motivos constantes en la poesía de Joaquín Benito de Lucas", publicado en la revista "Poesía" 51, Pliego de Poesía pp. 17-20, Institución Cultural de Cantabria, Santander, 1984.

Joaquín Benito de Lucas: poemas

AZUL Y GRANDE

A Carmina Luján

El mar a veces es como la noche.
Se extiende azul y grande frente al sueño
con un rumor de estrellas reflejadas
en el agua abisal de los recuerdos.

Barcos, sin hombre, imágenes perdidas
de alguna historia de mi infancia, fuegos
que arden entre las jarcias de la sombra
y a cuyo resplandor se alumbró el pecho.

Van y vienen de playa en playa como
el oleaje, como el pensamiento.
El mar es para mí como la noche, y canta
desesperadamente por mis sueños.

NOCHE DE SILENCIO

Hoy vivo lejos de todo,
apenas existe mi alma,
bajo este cielo plomizo
perdido lejos de España.
Y no quiero recordar

porque el recuerdo es espada
fría que atraviesa el pecho
como la lluvia, tan mansa,
atraviesa el corazón
de mi canto. Las palabras,
para qué me sirven hoy
si son nieve que descansa
sobre la tierra dormida,
pájaros que se me escapan
hacia el Sur, agonizantes
confesiones, ¡zur! , bandada
de palomas.

Sobre el río
de mi ciudad, cuando salga
el sol volarán vencejos
bajo sus puentes de plata.
Bajo sus puentes hasta la memoria
como la lluvia se alargan,
brazos que tiran de mí,
dedos que a su luz me arrastran,
uñas que con su corriente
en mi corazón se clavan.
¿Para qué palabras
esta noche las palabras?

EN OTRA ALCOBA

Junto al mar, olvidarte no es posible.
El aroma que viene de la tierra
a yodo sabe y huele a cuerpo tuyo
como las tristes sábanas
que humilladas cayeron
con los abrazos a los pies del lecho.
Tierna historia contada
entre suspiros a la roca viva
que toca el mar con verdes manos
como yo acariciaba tu cuerpo.

En otra alcoba,
sin más azul que tu mirada,
sin otros barcos que los besos
yendo y viniendo a todas partes,
la brisa humedeció nuestras palabras
cuando las bocas se encontraban
y bebían de la espuma su sabor más amargo.

En otra alcoba, lejos
del mar,
mientras que las cortinas
se desgarraban de remordimiento,
la luz de la mañana abrió en tus ojos
un mar de transparencia cuyo aroma aún percibo.



José María G. Gómez, embajador de Borges en Talavera

José María G. Gómez nació en Parrillas (Toledo), en 1951. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, especializándose en Literatura Hispánica. Actualmente ejerce como profesor en el I.N.B. "Padre Juan de Mariana" de Talavera de la Reina (Toledo). Premio "Ciudad de Toledo" de poesía en su edición de 1983.

LOS MUERTOS

¿Adónde han ido los que fueron aquí como nosotros?

Noche y día nos vigilan sus raíces.
La irresistible grama asciende
y la lluvia y el viento, su lenguaje.

Hay rasgos invisibles en los muertos
y la costumbre del aliento de los muertos
y la sangre desterrada de los muertos
y la larga pesadilla de los muertos.
Les hemos arrebatado la extensión.
Los hemos reducido a mármol y silencio.
Han pasado como los otoños.
Han pasado como las hojas de higuera.
Pero ellos nos observan con un antiguo espanto.
Porque ellos ya saben y nosotros ignoramos.

PIENSO EN JULES LAFORGUE

La noche es frío cóncavo en París-lupanar.
Los poetas se mueren cuando empiezan a amar.
Son cosas del preciso o el impreciso azar.
Pienso en Jules Laforgue.

El poeta está triste: no cesa de toser.
Está triste París: no cesa de llover.
El hombre es una tregua entre el ser y el no ser.
Pienso en Jules Laforgue.

En sus manos expira un fúnebre alhelí.
Son restos de una tarde con Baudelaire. Aquí...
Vermis sum, pulvis es, lammasabataní.
Pienso en Jules Laforgue.

Poco a poco los labios se quedan sin color.
No le queda resuello el podrido pulmón.
Como un alejandrino se apagó el corazón.
Pienso en Jules Laforgue.

Antonio del Camino y Alfredo Ramos

Dos jóvenes poetas talaveranos

ANTONIO DEL CAMINO
Talavera de la Reina (Toledo)
1955.

Estudia Bachiller en el I.N.E.M. "Padre Juan de Mariana" de Talavera, y, posteriormente, estudios de administrativo. Ganador de los Premios "Rafael Morales" (1979) y "Ciudad Santo Domingo" (1980). Accésit del "Adonais" 1984.

TERCERA FOTO: CALLEJA CON NIÑOS AL FONDO

I
Los relojes entonces ignoraban las fórmulas del tiempo.
Se limitaban a dar las campanadas para todos aquellos que se decían adultos: hombres que transitaban aprisa por las calles, ajenos a la luz que irradia la azucena, ajenos a la perpetua lucha de la rosa y el frío, o al calor desprendido de los atardeceres.

Para todos aquellos que cerraban las puertas ante la fantasía, que asfixiaban encerrando, al espacio, en coordenadas, y para los que todo —desde el amor al viento— tenía precio.

Para todos aquellos —digo— el reloj agitaba sus brazos como hilos, entonaba su canción de yerro y de campana, y en desafío seguro ante el silencio, marcaba su pregón de notas secas.

II
Por la calleja se oían las campanadas, pero nadie atendía a sus reclamos.
Niños de corazón azul, de risa franca, niños donde el paisaje no era aquello, sino que se movían aprisa por mil mundos, nuevos, maravillosos, de soles y de lunas, de selvas y desiertos... niños amigos tuyos, que nunca imaginaron que, como tú, caerían en la cárcel del tiempo, buscaban los cristales del alba en los derribos, alimentaban con risas su futuro regando así los tallos que la vida, con furia incomprensible, con desmedidas ansias de dolor y de noche, fue ametrallando una y otra vez, hasta dejar en ellos arrugas, cicatrices, ajadas fantasías en detrito quebradas más tarde, en una noche que os sorprendió de golpe, mientras en las esquinas se dolían los espejos.

ALFREDO JOSE RAMOS
Talavera de la Reina (Toledo)
1954.

Pasó su infancia en Galicia. Periodista. Redactor de una importante editorial. Colaborador de "Nueva Estafeta". Componente del colectivo "La Troje". Accésit del premio Adonais en su convocatoria de 1975 por su libro "Esquinas del Destierro".

EL LARGO VIAJE

Si se pudiera volver desde el recuerdo y descubrir el bulto intermitente de un hombre que camina por la noche, defendiendo su

rostro como un tesoro que conviene poner a buen recaudo para que los ladrones no lo roben ni el moho lo conquiste.

De un hombre que atraviesa las paredes del aire, recorre el laberinto de cristal, y se afila las garras en medio de la selva.

De un hombre que en las épocas de celo busca, tenaz, la hembra más hermosa de la manada, y frente a ella inicia la danza ritual de gestos sucesivos, cada vez más cercano, hasta que la hace suya.

De un hombre que desciende desde su gruta al lago para saciar la sed, y mientras bebe, vigila el infinito por si aparece el Aguila que inexorablemente quiere morder sus ojos.

De un hombre que se arrastra por la resbaladizas pendientes y elige entre las rocas, o acaso agazapado tras unos matorrales, el lugar oportuno donde, paciente, espera la llegada prevista del alimento ingenuo.

De un hombre que ha surgido del agua, y por eso retorna cada tarde a la orilla del océano; y en el aire salobre ventea la llamada ancestral de las profundidades.

De un hombre que conoce las rutas submarinas y ha visitado todas las ciudades ocultas bajo la piel rizada de ese pájaro enorme que eternamente lucha por remontar el vuelo.

De un hombre, pequeñísimo monstruo, rey consagrado de las aberraciones, que mueve pegajosos filamentos y mira con diez pares de ojos.

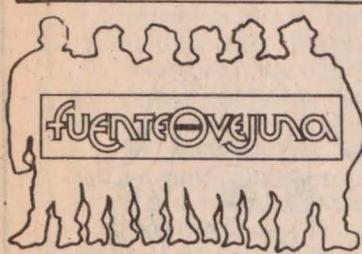
De un hombre sólo boca voraz, que se alimenta de barro, y nunca muere.

De un hombre vaporoso, al que no puede verse, habitante de un mundo formado del envés de los sueños, donde la luz no llega ni la sombra se aloja.

De un hombre peregrino de las anchas escalas que la memoria tiende entre el ser y el vacío.

De un hombre, despojado de toda consistencia, aéreo, sinuoso fluir de un magma incierto, o de la primitiva combustión gaseosa, origen de la Tierra.

De un hombre que ha nacido, que vive, que transporta sobre su espalda erguida la historia milenaria de un territorio; tan sólo una pequeña región de los espacios siderales, el filo diminuto en torno al que se apiñan las largas caminatas de palabras concéntricas, el vaivén de los siglos, y extrañas cicatrices clavadas en la atmósfera, que a veces iluminan los incitantes rumbos que, en el largo viaje, tuvimos que olvidar para llegar al puerto de lo que somos. ¿Quién, quién lo recuerda?



LIBRERIA GENERAL-PAPELERIA
LIBRERIA INFANTIL
JUEGOS DIDACTICOS
Calle de Santa Fe, 4 Tfno.- 22-36-56
TOLEDO

DE INTERES

Nueva agencia de contrataciones artísticas, desea contactar con orquestas, grupos de baile, grupos de teatro, magos, humoristas, guiñoles, payasos, etc. y en general con todas aquellas personas cuya actividad esté relacionada profesionalmente con el mundo del espectáculo, con el fin de iniciar gestiones para representarlos artísticamente en la región.

Para contacto, llamar tardes al teléfono 21-04-65 de Toledo, Sr. BARGUEÑO.

FLORISTERIA

SUCESORES DE
CANDELAS

Frente a la Puerta de Visagra
FLORES-CORONAS-
PLANTAS

Potro nº 2
TIENDA DE FLORES
Y REGALOS

Airosas nº 1
Tfno: 220230
TOLEDO

LA MUJER BARBUDA

Director: José Antonio Casado.
Jefe de Redacción: Amador Palacios.
Redactor-Jefe: Damián Villegas.
Confecionador: Pedro González.
Correspondencia: Redacción en Toledo de La Voz del Tajo. Barrio Rey, 9.
Tlf. 22 81 00